

# I. La ciencia de la ética

## 1. Delimitación del tema

La ética es el estudio de la moral en todas sus diversas manifestaciones. La moral es uno de los más altos o más avanzados modos de armonización, y puede surgir sólo después de que los modos más tempranos se hayan preparado para ella a través de una larga evolución. Es el esfuerzo de seres inteligentes y previsores por establecer orden y estabilidad en sus vidas individuales, y por habitar en concordia con las innumerables criaturas de su propia especie y de las otras especies con quienes comparten la Tierra. Los seres morales realizan este objetivo en la medida en que tengan éxito coordinando todos los detalles de sus vidas en un sistema coherente, y al ajustar los resultantes patrones individuales de conducta en un patrón social comprensivo que reduzca a un mínimo la lucha entre seres vivientes y, en lo posible, permita a cada uno alcanzar la perfección que por naturaleza le corresponde. Así, vista ampliamente, la moral es el esfuerzo de la armonización por mitigar, mediante agentes autoconscientes, los conflictos que surgen por doquier como efecto secundario de la misma universalidad del impulso hacia la armonía o el orden. La ética es el estudio de los impulsos que conducen a este esfuerzo, de los métodos que emplea, y de los fenómenos que provoca.

Desde el principio parece necesario fijar cuáles son los límites de la moral con otros modos avanzados de armonización, y definir su relación con ellos. Esta tarea no es fácil, pues están estrechamente asociados. Por un lado se confunde con las artes; por otro, íntimos lazos la unen

con la religión. Pero ningún arte particular, ni todos juntos, son capaces de efectuar esa articulación y esa coordinación de todas nuestras actividades sin las cuales nuestros más devotos esfuerzos en campos limitados pueden llevar a la discordia y la frustración, en lugar de a la prosperidad y felicidad que ellos están destinados a promover. Este intento de regular y coordinar es esencialmente un esfuerzo moral; por lo tanto, la ciencia de la moral ocupa un grado superior que el de cualquier arte especial, y debe asignar a cada arte su lugar dentro del programa completo de la vida humana.

Así como está por encima de las artes, la moral ocupa un grado inferior que el de la religión en la jerarquía de las actividades humanas; pues, mientras que el esfuerzo moral, en su forma más inclusiva, hace lo posible por armonizar nuestras relaciones con todos los seres que nos rodean, la religión procura afinar nuestra vida interior con un todo abarcador. La meta primaria de la moral es la armonía práctica, la de la religión es la armonía espiritual; y sin embargo están tan íntimamente ligadas que es difícil desanudarlas. Reprimida por miedo a la ley escrita, la censura social o el castigo sobrenatural, una persona puede dirigirse con una perfecta corrección hacia otra que odia y a quien desea perjudicar; sin embargo, según la opinión de muchos filósofos, tal conducta no es verdaderamente moral, a pesar de su rectitud superficial. Y si es difícil cultivar una conducta irreprochable en ausencia de una actitud mental correcta, es imposible alcanzar esa penetrante armonía interior, meta de la religión, sin relaciones externas armónicas.

Por esto la moral ha sido siempre un tema fundamental en todas las religiones avanzadas, y una vida moralmente intachable se ha considerado como el prelude indispensable de los más altos alcances de la experiencia religiosa.

Como la moral está tan íntimamente ligada con tantos otros esfuerzos humanos, en medio de los cuales ocupa la posición de directora y moderadora, es casi imposible circunscribir el tema de la ética en cualquier dirección. Por un lado se combina con la fisiología y la higiene, pues mientras no preservemos la salud no podremos realizar nuestras obligaciones y hacer buenos actos. En otras direcciones se mezcla con las bellas artes y con todas las ciencias, pues éstas realzan el valor de la vida, y a la moral le interesa la realización de los valores. Esto es especialmente evidente en la ética de los valores de Hartmann, pues algunos de esos valores que él reconoce, como por ejemplo la personalidad, parecen pasar más allá de la provincia de la moral; aunque en un sentido más amplio se mantienen dentro de ella<sup>1</sup>. Es inútil intentar disminuir el campo de la ética confinando su atención a los actos y disposiciones que aumentan la valía estrictamente moral de una persona, pues, si tomamos una posición liberal, el amor de una persona a la belleza o al conocimiento, o su habilidad en un arte o ciencia, parece incrementar su valía total no en menor grado de lo que aumenta su valor moral.

Sin embargo, incluir dentro del estudio de la ética todo aquello que de alguna manera le sea pertinente la expandiría a dimensiones inmanejables. Una manera de mantenerla dentro de límites manejables es centrando su atención en la estructura de las situaciones en las cuales los seres vivientes puedan, mediante sus propios esfuerzos, incrementar su perfección y avanzar hacia la realización de sus más altas aspiraciones. De este modo, el presente trabajo se dedica al desarrollo de una *ética estructural*, o una ética de relaciones.

Al tomar este curso no pasamos por alto la suprema importancia del carácter. A pesar de que el carácter y la conducta son conceptualmente distintos, están de hecho tan estrechamente enlazados que es casi imposible desanudarlos. El carácter de una persona se revela más adecuada-

mente a través de la conducta, mediante la naturaleza de las relaciones que se esfuerza por mantener con los seres que la rodean; al mismo tiempo, los tratos personales con el prójimo tienen una fuerte influencia sobre su carácter. De esta manera, perfeccionar el carácter y mejorar las relaciones externas son dos aspectos del mismo esfuerzo. No podemos avanzar hacia alguno de estos objetivos sin acercarnos al otro, y nuestra elección de ruta es, en mucho, una cuestión de conveniencia práctica.

## 2. ¿Puede la ética clasificarse como una ciencia?

Los estudiantes de ética quedan perplejos al tener que clasificar su materia como una ciencia, un arte, o de otra manera. Cuando se quiere incluir la ética dentro de las ciencias, se objeta que mientras que las ciencias tratan sobre lo que es, la ética, se dice, concierne a lo que debe ser. A primera vista esto parece ser una distinción válida y útil; pero una reflexión madura revela que es superficial y no del todo verdadera. Gran parte de la confusión y la desorientación en la ética contemporánea puede rastrearse hasta esta negativa de reconocer que la ética, no menos que la física, concierne a situaciones de hecho existentes y a energías que causan efectos claramente demostrables. En primer lugar, nuestra opinión sobre lo que debe ser carece de autoridad si ignora lo que ahora existe. Si no insistimos en que nuestras nociones sobre lo que debe ser están de alguna manera relacionadas con las realidades del presente, cualquiera de nuestros más fantasiosos sueños podría dirigir nuestros esfuerzos actuales con la misma fuerza. Incluso desde este punto de vista, la ética debe abarcar más que la consideración de estados imaginarios que podrían satisfacer nuestras aspiraciones morales más elevadas.

Si el mundo está impregnado por una energía o actividad que produce un orden del tipo que reconocemos como bueno o moral, la ética debe estar consciente de este principio activo y de aquellos de sus efectos que tengan relevancia moral. Un proceso único, la armonización, penetra el universo, formando, con sus múltiples

contenidos, patrones que tienden a crecer indefinidamente en complejidad, amplitud y coherencia. Operando en escala reducida, la armonización ordena las partículas más finas de materia en forma de átomos, moléculas y cristales, cada uno de los cuales tiene una organización definida; a la vez, en una escala amplia, crea el orden admirable y la regularidad de los grandes cuerpos que contiene el Sistema Solar. Las armonías alcanzadas por esta actividad en una escala cósmica, en las rítmicas revoluciones del Sol y los planetas con sus satélites, nos son reveladas por la ciencia de la astronomía. Al otro extremo, la química revela la regularidad y el orden del comportamiento de los elementos de la materia en todas sus variedades y combinaciones.

El mismo proceso creativo, operando en el reino de la vida, provoca las armonías de forma y función que investiga y describe la biología. Y cuando los animales alcanzan un alto grado de organización, cuando adquieren mentes capaces de simpatía, de prever el futuro y de comparar cursos alternativos de acción, de esforzarse deliberadamente por aumentar la concordia entre ellos mismos y con el mundo circundante, reconocemos en eso la continua acción de la armonización, que ahora presenta algunos modos especiales de operación, posibles gracias al nuevo instrumento que ha producido: la inteligencia previsoras.

La investigación de estos fenómenos especiales cae dentro de la provincia de la ética, así como los movimientos de los cuerpos celestes están dentro de la esfera de la astronomía. Ambas ciencias son igualmente necesarias para describir completamente nuestro mundo, y la omisión de cualquiera de ellas en el augusto conjunto de las ciencias convertiría en fragmentaria y defectuosa nuestra visión global del proceso cósmico. Esto así porque la ética y la astronomía, junto con la física, la química, la geología, la biología, la psicología, están todas interesadas en las etapas sucesivas de un único y gran movimiento. Todas se dedican por igual al estudio de procesos reales que se dan en nuestro mundo, y nos describen los modos de operación y los efectos de una única energía creadora en sus distintos niveles de realización. Como nosotros mismos estamos íntima-

mente involucrados en esa fase particular del proceso universal que estudia la ética, y podemos hacer mucho para acelerar o retrasar su avance, la ética es sobre todo un estudio de lo que está llegando a ser, y de los medios para apresurar su llegada.

Si bien la ética se asemeja a las ciencias biológicas y físicas por cuanto trata con elementos reales del mundo y con procesos demostrables dentro de él, difiere de ellas profundamente en sus métodos de investigación. Una historia parcial del desarrollo moral de la humanidad podría ser escrita partiendo únicamente de la observación externa. Si pudiéramos recoger suficientes registros de la conducta de pueblos de raza y época diferentes, realizados preferentemente por observadores que no se hubieran dejado ver y considerando puntos tales como el trato a las esposas y a los niños, a los dependientes, sirvientes y esclavos, a los animales tanto domésticos como libres, considerando también su honestidad en los negocios y la manera de cuidar de los enfermos y ancianos, podríamos escribir una historia del crecimiento moral de la humanidad tan impersonal y objetiva como los estudios que hoy día realizamos sobre la conducta de los insectos o los pájaros. Pero los registros disponibles nos ofrecen visiones de la conducta cotidiana de las razas antiguas que, a lo sumo, son fragmentarias. Incluso si fueran sumariamente completas nos darían una visión imperfecta y distorsionada de la operación, entre los humanos, de esa actividad creadora que es en esencia una potencia moral. Esto es así porque las diferencias en el desarrollo moral de los individuos de la misma época y cultura, son mucho mayores que las diferencias en el nivel moral general de culturas separadas por miles de años y miles de kilómetros; y un estudio de las prácticas comunes en Grecia en el primer siglo de nuestra era, nos enseñaría tan poco de las aspiraciones morales de un Plutarco o un Epicteto, como un encuentro con la conducta de las masas humanas de nuestro tiempo nos revelaría de la estatura moral de un Gandhi o un Schweitzer.

Para suplir las deficiencias que aún habría en el más completo registro de las actividades externas de los pueblos, debemos dirigirnos a sus enunciados directos sobre los ideales que los

inspiran y a las máximas según las cuales luchan por guiar su conducta. O debemos mirar dentro de nosotros mismos y percibir las agitaciones del impulso moral en las profundidades de nuestro ser. Pero cuando empezamos a usar estas fuentes de información, empleamos métodos de investigación radicalmente diferentes de aquellos de la astronomía, la física o la biología. Sin embargo, la ética no deja de ser una ciencia debido a sus métodos especiales de investigación. La psicología, considerada desde hace mucho como una rama de la filosofía, gradualmente ha ganado para sí un lugar entre las ciencias, a pesar de depender parcialmente de métodos para obtener información fundamentalmente distintos de aquellos utilizados en las otras ciencias.

### 3. Las divisiones de la ética

El dato primario de la ética es la presencia en nosotros de impulsos, sentimientos o aspiraciones del tipo que llamamos moral. Si hemos sentido el deseo de perfeccionarnos, de hacer nuestra felicidad estable y permanente más bien que incierta e insegura, de vivir en mayor armonía con los seres que nos rodean, tenemos entonces en nuestra experiencia personal un punto de partida para el estudio de la ética. Si hemos deseado llevar felicidad a otros, o compartirla con ellos, o si hemos luchado activamente para aliviar el dolor o mejorar la condición de un ser del cual no esperamos retribución por nuestro trabajo, tenemos un dato todavía más valioso, en cuanto más desarrollado, para iniciar nuestras investigaciones éticas. Estas y muchas otras expresiones de nuestra naturaleza moral son hechos tan ciertos y reales como cualesquiera otros que caigan dentro del ámbito de nuestra experiencia. Proveen material para un estudio científico tan sólido como los fenómenos que la física y la química se esfuerzan por explicar.

Desde este dato inicial se ponen de manifiesto dos puntos de partida. En primer lugar, podemos desear analizar y explicar el hecho moral primario. ¿Cómo llegamos a tener este impulso moral dentro de nosotros, o por qué realizamos este acto que llamamos moral? Deseamos cono-

cer sus antecedentes, cómo surgió, cómo se relaciona con otras fases del proceso del mundo. Asimismo, podríamos desear analizarlo psicológicamente para comprender sus componentes psíquicos y su relación con otros contenidos de nuestras mentes. Estos esfuerzos dan lugar a la *ciencia* de la ética, en la cual se reconocieran dos divisiones principales. La primera es la Ética Histórica, o historia de la moral, cuyo fin sería rastrear el desarrollo de los ideales y las prácticas morales a través del tiempo. La segunda es la Ética Analítica, dedicada a estudiar los fundamentos innatos de la moralidad, y sobre todo su motivación. Y así como una persona que nunca ha tenido un impulso criminal puede estudiar criminología, o patología quien nunca ha estado enfermo, también podría cultivar estas dos ramas de la ética alguien que nunca haya sentido un impulso moral, pero que haya sido instigado por una desinteresada curiosidad. Sin embargo, tal persona estaría en desventaja, incluso como investigador científico, pues tendría que recurrir a otros para obtener indicios del carácter peculiar de los impulsos y las aspiraciones morales, mucho más fáciles de observar cuando ocurren dentro de uno mismo.

La mayoría de quienes han escrito sobre ética lo han hecho como respuesta a algo más íntimo y urgente que la curiosidad científica desinteresada. A pesar de que casi siempre han empezado con un análisis de los fundamentos innatos e incluso cósmicos de la moralidad, han procedido, de allí en adelante, a la elaboración de un ideal de carácter y de conducta que aspiraron practicar ellos mismos y diseminar entre sus iguales. Todos los grandes "sistemas" de ética, tales como el platonismo, el estoicismo, el utilitarismo, o el de Spinoza, han tenido esta visión inclusiva. Y al pasar de la observación desinteresada al esfuerzo activo, han cruzado la frontera entre la ética —el estudio— y la moralidad —la dedicación a ciertas reglas o ideales de vida—. Así, además de una ciencia de la ética, es necesario reconocer un arte de la ética, o si se prefiere, una ciencia pura de la ética y una ciencia aplicada. La segunda mantiene con la primera la misma relación que la horticultura científica con la botánica en sus diversas ramas. Y así como la

horticultura científica representa de muchas maneras un adelanto con respecto al cultivo de plantas mediante métodos tradicionales no examinados, también la ética, en cuanto arte o ciencia aplicada, es capaz de sobrepasar la moralidad convencional con sus fundamentos inadecuadamente examinados y con sus prácticas, articuladas, por lo general, burdamente. La ética como arte es algo más que la moralidad común.

De este modo, el arte de la moralidad crece cuando, a partir del dato inicial de la ética —la presencia en nosotros de impulsos o aspiraciones morales— seguimos el segundo punto de partida, o ambos a la vez, y en lugar de simplemente intentar analizar y explicar las aspiraciones morales, nos esforzamos por realizarlas. Al tomar este camino deseamos descubrir cuáles clases de actividades expresarán o satisfarán más completamente nuestro ideal moral, y cuáles medidas en el mundo exterior concordarán mejor con él. Esto da lugar a la Ética Aplicada, que trata de los efectos concretos de la conducta. Intenta responder preguntas como: ¿Cuándo, si es que alguna vez, es permisible apartarse de la estricta veracidad? ¿Cuáles son los efectos, inmediatos y remotos, de dar limosna? ¿Cuándo debo perdonar a quien me haya perjudicado deliberadamente? ¿Cuáles son los efectos morales del ascetismo y a qué grado debe ser practicado? La Ética Aplicada difiere de la casuística pues toma una visión general de los problemas morales, mientras que la casuística se interesa por el minucioso, y muchas veces lejos de desinteresado, análisis de las situaciones particulares.

Por otra parte, como es difícil que alguien sea enteramente autosuficiente, y requiere por el contrario la cooperación de otros para alcanzar una vida satisfactoria, fácilmente descubrimos que logramos poco, excepto educarnos en una alegre resignación, sin la ayuda de otros que compartan nuestros ideales. No sólo es, como regla, más sencillo inculcar estos ideales en las mentes en formación de los niños que en las mentes menos receptivas de las personas de edad madura; sino que mientras no los realicemos, los ideales que han inspirado nuestras vidas se extinguirán con nosotros, cosa que para muchos es un panorama angustioso. De aquí la necesidad de

aquella segunda rama de la ética práctica, que podríamos designar como Ética Exhortativa, concerniente a la formulación y diseminación de los ideales morales así como a la educación moral de los jóvenes.

Si bien algunos autores, por ejemplo T. H. Green en su *Prolegomena to Ethics*<sup>2</sup>, han menospreciado el valor práctico de la teoría ética y han rechazado la responsabilidad de generar entusiasmo o “dinámica moral” en sus lectores, una lectura cuidadosa de sus obras puede conducir al lector a sospechar que han sido muy modestos en el ejercicio de su oficio como filósofos morales. En cualquier caso, sufrir inmensas penas para desarrollar una doctrina ética sin esmerarse en presentarla de manera que gane seguidores y ayude a otros a alcanzar una vida más satisfactoria, sin ni siquiera esperar que tenga este efecto, parece ser un esfuerzo estéril. Ciertamente, la difusión de ideales morales es en tal grado una parte de la tarea del filósofo moral, como la provisión de herramientas de navegación y de la medida precisa del tiempo es parte de la tarea del astrónomo. ¿Qué puede ser más fútil y lastimoso que una doctrina ética que no vaya dirigida a ser puesta en práctica?

Hemos reconocido así cuatro grandes divisiones de la Ética:

- La Ética Histórica, dedicada a rastrear el crecimiento de las prácticas y los ideales morales a través de los siglos.
- La Ética Analítica, que estudia los fundamentos innatos de la moralidad.
- La Ética Aplicada, interesada en los efectos concretos de la conducta.
- La Ética Exhortativa, concerniente a la formulación y diseminación de los ideales morales y a la educación moral de los jóvenes.

De estas cuatro divisiones, las primeras dos ocuparán nuestra atención en este libro, consagrado principalmente al análisis de los fundamentos innatos de la vida moral, a los significados de los términos morales, y a las características de los sistemas éticos. Las divisiones tercera y cuarta serán el tema del siguiente libro, *Ideales Morales*.

#### 4. Problemas de la Ética Histórica

La Ética Histórica es la más objetiva, y en ese sentido la más científica, de las ramas de esta materia. Nos muestra el verdadero desarrollo de los sentimientos y las prácticas morales a través de los siglos; este desarrollo está tan bien establecido como el camino que sigue la Tierra alrededor del sol, y es tan independiente de la doctrina ética favorita de cada uno como la figura matemática descrita por la Tierra es independiente de nuestra explicación del misterio de la gravedad. Al seguir la historia moral de la humanidad, somos testigos de la sutil operación de la armonización en el complejo campo de la conducta humana, y de las relaciones de las personas con los seres que los rodean.

La historia de la moral se interesa por dos fenómenos distintos pero relacionados: la manera como las personas expresan sus ideales y la manera como los ponen realmente en práctica en una comunidad específica. Entre los más altos ideales de una cultura y sus prácticas concurrentes, hay por lo general una gran brecha, algunas veces tan ancha que llegamos a sospechar que las aspiraciones morales tienen poca influencia en la conducta cotidiana; y mientras más avanzada la cultura, más ancha la brecha. Pero, si dentro de la misma tradición cultural examinamos las prácticas de una edad posterior a la luz de los ideales expresados por una edad anterior, algunas veces descubrimos que la práctica común ha avanzado hacia las aspiraciones de la época anterior; esto es especialmente verdadero cuando ha intervenido un período de desarrollo pacífico y ordenado, sin mayores retrocesos debidos a la invasión de hordas enemigas en un estadio cultural inferior. Colocada en las mentes y conciencias de los hombres en algún período remoto del pasado, una aspiración moral puede aparentar decaer y extinguirse como una semilla que fuera enterrada muy profundamente en el suelo; pero con gran vitalidad la semilla envía lentamente su retoño hacia arriba, a través del oscuro barro, para que finalmente emerja y florezca bajo la claridad del sol. Un ideal incumplido, si es una expresión genuina de nuestra naturaleza moral, no nos dejará descansar hasta que lo llevemos a la práctica o hasta que terminemos exhaustos en el intento.

Dado el enorme abismo que separa los ideales de los pensadores de mayor perspicacia en moral de la práctica actual de su prójimo, el historiador de la moral, ansioso por demostrar el lento crecimiento de la moralidad, quedará perplejo al considerar cuál es el mejor camino por seguir. Si incluye en la misma perspectiva tanto los ideales como las prácticas, se verá forzado a admitir que la práctica común en nuestros días está muy por debajo de las excelsas enseñanzas de hace dos o tres milenios, y entonces le será muy difícil demostrar que ha habido crecimiento y progreso. Si, por el contrario, nos cuenta sobre los ideales de algún período sin mencionar sus condiciones sociales ni sus verdaderas prácticas, su historia perderá muchas de sus capacidades instructivas; pues, precisamente, no es sino a la luz de los hábitos prevalecientes en sus tiempos que las aspiraciones morales de individuos excepcionales adquieren su mayor significado. ¿Acaso puede alguien valorar las visiones mesiánicas de Isafas sin algún conocimiento de la situación contemporánea de los judíos; o apreciar plenamente la grandeza de los ideales éticos desarrollados por los filósofos helenos sin saber nada del egotismo, la duplicidad, la ingratitud y el pueril regionalismo que llenan las páginas de la historia griega como un hedor nauseabundo? Con cualquier método de exposición que elija, el historiador de la moral debe usar una gran habilidad para darnos una imagen balanceada del crecimiento de la moralidad.

Es necesario distinguir rigurosamente entre la historia moral, tal como la entendemos aquí, y la historia de la ética teórica. Para la última, Eurípides, quien por lo que sabemos no tenía una teoría particular, es mucho menos importante que Platón y Aristóteles, cuyas doctrinas éticas, trabajadas con gran detalle, estaban firmemente establecidas sobre bases cosmológicas y psicológicas. Pero, en cuanto exponente de los más altos ideales de su tiempo, el dramaturgo no es ciertamente de menor importancia que los filósofos, a quienes él posiblemente supera en sensibilidad moral, tal como queda expresado en su simpatía hacia las mujeres y los esclavos, en su defensa de la fidelidad conyugal y en su anhelo de una justicia ideal. Cuando comparamos las

dudas de Eurípides al respecto de la esclavitud con el cálido respaldo que Aristóteles le da a esta institución en la *Política*, o sus opiniones sobre la fidelidad marital con las disposiciones para la procreación de la clase gobernante en la *República* de Platón, parece claro que, a pesar de su cuidadoso análisis de los problemas morales, en muchos aspectos los grandes filósofos no consiguieron alcanzar ideales tan avanzados como los del dramaturgo de una generación anterior, cuyas opiniones estuvieron quizá determinadas por sus simpatías naturales y no tanto por teorías formales.

### 5. El primer florecimiento de los ideales morales

Al menos desde la época de Heródoto los historiadores han reconocido la dificultad de conocer, partiendo generalmente de los informes fragmentarios y conflictivos disponibles, lo que realmente sucedió en la historia. En un sentido el historiador de los ideales morales disfruta de una gran ventaja sobre el historiador de eventos políticos, el historiador de la economía o el de las costumbres sociales; pues, comparado con las complejidades de la diplomacia o de las interacciones económicas, el ideal es usualmente simple, claro y capaz de ser expresado sucintamente. En muchos casos, el historiador de la ética disfruta la enorme ventaja de poseer los verdaderos enunciados de principios realizados por hombres de extraordinaria estatura moral, ya sea por haber sido escritos por ellos mismos o por haber sido registrados por sus discípulos. De esta forma, mientras que conocemos lo que Pericles hizo y dijo únicamente a través de los prejuiciados relatos de sus contemporáneos, o mediante la imaginativa reconstrucción de sus discursos, tal como hizo Tucídides, tenemos, de hombres como Platón, Aristóteles, Séneca y Epicteto, los enunciados directos de sus opiniones al respecto de los problemas morales.

Por otro lado, el historiador de los ideales morales está impedido por la gran rapidez de su crecimiento, en relación con el avance cultural general de la humanidad. Mientras que el mejo-

ramiento de la condición real del hombre tuvo que esperar la lenta acumulación de experiencia en áreas tales como organización social, educación, gobierno, agricultura e industria, el crecimiento de su naturaleza moral no estuvo tan limitado por factores externos, con el resultado de que sus aspiraciones pudieron elevarse en una relativa independencia de su estado físico. Algunos de nuestros más nobles ideales morales fulguran, desde las brumas matutinas de la historia, contra un fondo de barbarismo, desorden, y una gran injusticia social. Esta situación llevó a Gore a advertir que "una amplia consideración de la historia de la religión y la moralidad entre los hombres conduce a una interesante conclusión: en cada etapa donde un avance conspicuo se realiza, lo mejor siempre viene primero."<sup>3</sup> Quizá sería más verdadero decir que sólo las más elevadas expresiones de ideales morales nos han sido preservadas de las épocas más tempranas, mientras que las etapas que guiaron hasta ellas se han perdido, en su mayor parte, de nuestra vista. Simpatías tan abarcadoras como las de Buda o Lao Tse apuntan a un largo período de desarrollo, a una tradición ya madurada por la edad; pero el primer crecimiento, del cual aquellas son su floración, puede en el mejor caso seguirse de una manera imperfecta y fragmentaria. Las primeras enseñanzas morales se dieron oralmente, mientras que los registros escritos más antiguos no han podido soportar la corrosión del tiempo.

Al estudiar el crecimiento de los ideales morales, debemos distinguir entre su amplitud y su altitud. ¿A cuáles seres pretendemos incluir en nuestra comunidad moral considerándolos unidos a nosotros por vínculos de deber o simpatía? ¿Cuáles relaciones nos esforzamos por establecer entre estos seres, y cuál es nuestra concepción del carácter perfecto? Bajo el rubro de la comprensión, ni Oriente ni Occidente pueden apuntar a un progreso general o sostenido en el desarrollo del ideal moral durante los dos últimos milenios. En el sistema estoico, la antigüedad clásica elaboró un concepto ético que reconoció la hermandad de toda la humanidad, con el corolario de que todos los hombres debían recibir la misma justicia y benevolencia. Los estoicos abrigaron un ideal de virtud y devoción al deber que casi no

ha sido superado en ninguna parte. Una conformidad estricta con las doctrinas de la Stoa original entumecería los rasgos estéticos y emocionales del carácter humano, pero los exponentes posteriores del sistema, cuyos escritos se han conservado en su totalidad, revelan un ensanchamiento admirable de sus simpatías; e incluso en el período anterior otras filosofías clásicas, como las de Platón y Aristóteles, sirvieron como correctivos de la estrechez estoica. Más aún, en Atenas, al menos, toda la atmósfera social tendió a prevenir un desarrollo desequilibrado de la personalidad humana. Si ningún sistema clásico incluyó en sí mismo todo aquello que parece deseable en el ideal moral, incluso circunscribiéndolo a una ética limitada a nuestra especie, lo mismo es cierto de casi todos los sistemas modernos de ética. Por aquí y por allá a través del mundo pagano, voces como las de Pitágoras, Plutarco y Porfirio, apelaron por la extensión de la simpatía y la justicia a las criaturas no-humanas, así como en el Occidente moderno pensadores aislados como Schweitzer han abogado en la misma dirección. Pero, en general, los filósofos occidentales modernos, como sus predecesores en el antiguo mundo mediterráneo, han enseñado una ética más bien limitada, estrechamente, a la humanidad. Tal vez el crecimiento de la doctrina cristiana del amor como fuerza moral primaria, es el mayor avance —en idealismo ético antes que en prácticas específicas— al cual puede dirigirse Occidente a raíz de la decadencia de las escuelas clásicas; pero exceptuando algunos poetas y soñadores, este amor ha sido muy raramente difundido tan amplia y tan libremente como debería.

En India, tanto por jainistas como por budistas, el ideal moral en tiempos antiguos fue tan comprehensivo como podía, y lo mismo es cierto para los taoístas en China. Cuando uno es cuidadoso con la vida y el bienestar de la más pequeña criatura que vuela en el aire o se arrastre por el polvo, cuando uno hace votos para retrasar su propia entrada en la gloria hasta que toda criatura viviente haya sido liberada de la rueda de la existencia, una expansión mayor del ideal moral es difícilmente posible. Pero incluso cuando el ideal ha llegado a ser tan comprehensivo como puede ser, todavía puede haber espacio para me-

jorar las relaciones que contempla y su concepto del carácter perfecto. A pesar de la admirable simpatía de estas religiones orientales hacia todo lo que vive y respira, sus fuertes inclinaciones ascéticas excluyen el ideal de un desarrollo pleno de las capacidades humanas. No conozco ninguna religión o filosofía india, obviamente sin influencias de la moderna infiltración de ideas occidentales, que haya corregido formalmente esta deficiencia; pero el espléndido desarrollo del arte y la literatura en la antigua India apunta a una práctica general que no estaba constreñida por la estrechísima formulación de algunos de sus credos principales. De hecho, las artes pudieron florecer grandiosamente incluso en el seno de estos credos.

## 6. El lento avance de la práctica general

Cuando pasamos de la consideración de las aspiraciones morales a la de las costumbres morales, tal como podrían ser estudiadas incluso por un observador inteligente que no pudiera comunicarse con los objetos de su investigación, omitimos la característica distintiva y dejamos de percibir el aroma peculiar del esfuerzo moral humano. Es posible demostrar, entre animales no humanos, avances definitivos y extensamente continuados del tipo que comúnmente estimamos como moral cuando lo manifestamos nosotros; pero hasta donde sabemos, estos avances no se realizaron en pos de un ideal que, al ser expresado por primera vez, pareció generalmente visionario, jamás para ser realizado en la práctica. No obstante, es precisamente en el campo de las prácticas morales, y no en el de los ideales, que el historiador está en posesión de materiales que le permiten rastrear un progreso persistente y estable a través de los siglos. La razón principal de esto es el retraso de la práctica general respecto de los ideales de la élite moral, lo cual ha acercado a nuestro tiempo algunos de los avances más importantes de la élite.

¿Cómo podemos explicar este contraste entre el advenimiento temprano y aparentemente repentino de elevados ideales morales y su más lenta y gradual realización en la práctica?

La razón pareciera ser que los primeros son en gran medida personales, mientras que la práctica depende más estrechamente de las condiciones sociales. Inspirado por el anhelo de paz interior o de unión con la fuente de su fuerza espiritual, el investigador fervoroso hace lo posible por despojar su mente de todas las pasiones cegadoras y todas las actitudes destructoras, que en su visión interior colocan un velo delante de la verdadera naturaleza del determinante primario de su ser. Purificada de esta neblina oscurecedora, su mente se hace sensible a la influencia de la fuerza creadora interior que constantemente lo empuja a trabajar en pos de la obtención de la armonía más amplia y satisfactoria que pueda concebir; pues sólo en la realización de esta concordia inclusiva puede expresar su más íntima naturaleza y apagar su sed espiritual. Así, se forma el ideal de vivir en paz con todas las criaturas, sin dañar nada. Aquí la aspiración moral ha alcanzado el ámbito más amplio posible. Aunque el ideal mismo brota desde la profundidad de nuestro ser, realizarlo en nuestra vida real requerirá largas eras de observación y práctica, la laboriosa resolución de innumerables detalles.

A diferencia de los ideales de los hombres más ilustrados, capaces de expandirse ampliamente en un período corto, las prácticas morales de una comunidad dependen de tantos complejos factores que su progreso es necesariamente gradual. Uno de estos factores puede ser, como sostuvo Sutherland, un desplazamiento gradual en la constitución genética de la raza, resultado de la multiplicación más rápida de los individuos más compasivos, cuyo cuidado más afectuoso de su esposa e hijos asegura que, en promedio, dejarán mayor progenie que las personas cuyas simpatías están pobremente desarrolladas. Pero no es fácil desenmarañar los posibles efectos de tal reproducción diferencial de los efectos acumulativos de la educación o de la gradual difusión de los más elevados ideales provenientes de aquellas mentes más agudas que los concibieron a través de las masas de la sociedad, quienes, aunque quizá sean incapaces de formar alguna vez esos ideales por ellos mismos, no son del todo ciegos a su belleza cuando se los presentan otros.

Además, está el desarrollo de los medios para llevar estos ideales a la práctica, desarrollo que incluye cosas tales como la acumulación de invenciones útiles, que hasta hace poco vinieron lentamente, y la resultante mejoría de las condiciones económicas. Así, para mencionar sólo un ejemplo, la abolición de la esclavitud y de las condiciones de trabajo no superiores a las de los esclavos, se cumplió no solamente por el crecimiento de la simpatía y la convicción lentamente producida de que está mal mantener a prójimos como enseres o explotarlos sin misericordia, sino también por el creciente uso del poder mecánico y la invención de maquinaria que disminuye el trabajo. Las mismas mejoras prácticas han hecho posible el aligeramiento de las cargas de aquellos animales domésticos que con escasa recompensa han compartido por mucho tiempo las tareas más pesadas de los hombres. A pesar de que el santo y el soñador se despojarán de comodidades y resistirán privaciones para expresar en su manera de vivir convicciones provenientes de su ser más íntimo, el humano promedio es renuente a negarse comodidades y placeres por un objetivo moral; de modo que con él, el mejoramiento de las relaciones con otros seres depende en gran medida del desarrollo de medios morales más aceptables para proveer las satisfacciones por las que suspira.

Esta situación nos lleva a preguntarnos si realmente estamos tratando aquí con un mejoramiento que pueda propiamente llamarse moral. Que un hombre, para trabajar su finca, prefiera usar maquinaria en lugar de esclavos, no permite inferir inmediatamente, sin mayor investigación, que esté moral o espiritualmente en un nivel más alto que sus antepasados, los cuales no tuvieron escrúpulos para explotar a sus siervos. Su preferencia por la maquinaria se puede deber únicamente a su mayor capacidad productiva y a los ahorros que produce. Privado de sus sirvientes mecánicos adquiriría, si pudiera, enseres humanos a quienes trataría tan duramente como cualquier negrero antiguo. Quizá la única manera de poner a prueba este punto sería destruyendo su maquinaria, revocando las leyes que prohíben la esclavitud, y observando los desarrollos subsecuentes. Pero aun en ausencia de tales experimentos, considero evidente que una cierta

proporción de los avances que estamos tentados de clasificar como morales, no son para nada de ese tipo, sino meramente económicos; son el resultado de circunstancias externas alteradas y no de una exaltada sensibilidad moral. Estoy convencido, al mismo tiempo, de que de ninguna manera es éste el único factor involucrado en los avances que estamos discutiendo. Parece haber habido una elevación general concomitante en el tono moral, realizada por las mejoras en las disposiciones económicas y sociales; no obstante, tal como hemos visto, la élite moral de la humanidad antecedió por mucho tiempo estas mejoras. Lo más que podemos hacer es llamar la atención sobre estos dos factores contrastantes involucrados en los avances aparentemente morales; es imposible evaluarlos con precisión.

No es mi propósito repetir la trillada historia de la lenta pero estable infiltración de ideales morales dentro de las prácticas sociales de la humanidad. Lecky<sup>4</sup>, Sutherland<sup>5</sup>, y otros han rastreado el avance gradual de sentimientos morales en la civilización occidental en áreas temáticas como el trato a las mujeres y los niños, la condición de los esclavos y la abolición de la esclavitud, el cuidado de los enfermos y los ancianos, la administración de la justicia, el tratamiento de criminales convictos, el destino de los capturados en combate, y otros muchos aspectos de práctica social e individual. Este progreso no ha sido uniforme ni continuo en todas las partes del mundo, ni siquiera en sus regiones más favorecidas; pero muchas recaídas han sido causadas por invasiones bárbaras, luchas civiles, o por el deterioro de las condiciones económicas.

Con todo, es indudable que la humanidad ha avanzado un largo trecho incluso en los cinco o seis mil años que nos separan de la alborada de la historia —un período corto según la medida del tiempo de geólogos y paleontólogos—. Para estar seguros de la realidad de este progreso, basta con reflexionar sobre el contraste entre la condición de los salvajes inferiores, viviendo en pequeñas partidas de individuos emparentados y con visiones de profunda desconfianza o implacable odio hacia todos los otros grupos, y nuestra facultad de viajar con seguridad a través de inmensas extensiones de territorio, recorrido por

millones de personas que nos son personalmente desconocidas, y encontrando en todas partes la protección de la ley y casi siempre ayuda en caso de necesidad<sup>6</sup>.

Si al contemplar la historia política de la humanidad nos llenamos de vergüenza y disgusto por su inagotable relato de traición y engaño, matanza y destrucción, la historia moral de nuestra especie produce el efecto contrario, dándonos una señal de solaz y promesa. Ya sea que prestemos atención a la expresión de los ideales morales, o a la de las prácticas cotidianas, descubrimos muchas razones para aumentar nuestro coraje y tener esperanzas para el futuro. A pesar de estar lejos, muy lejos, de la realización perfecta de las mejores enseñanzas de hace más de dos mil años, nos hemos elevado muy por encima de las etapas más primitivas de barbarie. Si en el presente siglo somos testigos de un declive general del tono moral del mundo, una vista panorámica del pasado nos da razones para esperar que ésta sea sólo una más de esas depresiones periódicas en la curva lentamente ascendente de la cual la historia nos provee otros ejemplos. Pues cuando consideramos en su totalidad la anchura y profundidad de los fenómenos morales, la amplia difusión del esfuerzo moral en el espacio y el tiempo, podemos estar seguros de no estar frente a explosiones esporádicas de fervor ni expresiones de caprichos irracionales, sino que presenciemos una evolución constante provocada por una energía creadora que impregna a toda la humanidad y al reino completo de los seres vivos. Si su avance no ha sido más rápido, esto se debe a los incontables obstáculos y resistencias que lenta y dolorosamente debe superar.

## 7. Ética Analítica, su limitación y valor

La segunda rama principal de la ética es interpretativa antes que constructiva, teórica antes que práctica. Se interesa menos en la descripción de la conducta moral, que en la comprensión de sus causas; y con la moralidad práctica mantiene la misma relación que la teoría atómica mantiene con los fenómenos observables de la química y la física, o que las doctrinas psicológicas mantienen

con el comportamiento humano en general. Por lo tanto, está aliada más estrechamente con la ciencia que con el arte, aunque se clasifica con las ramas interpretativas de la ciencia y no con las descriptivas. Pero su afiliación más íntima es con la filosofía y la psicología, y las contribuciones más importantes en la materia han sido hechas por filósofos que sintieron la necesidad de redondear y aguzar su sistema o visión de mundo tomando bajo consideración el fenómeno moral, el cual derivaban preferentemente de su teoría cosmológica o psicológica favorita. Los filósofos occidentales que han discutido sobre ética no han sido, en términos generales, personas de sobresaliente sensibilidad moral; tampoco han poseído visiones morales muy avanzadas respecto de la sección más ilustrada de sus respectivas sociedades contemporáneas. Para encontrar la más elevada expresión de ideales morales de la civilización occidental, debemos dirigirnos a ciertos poetas y escritores religiosos y no hacia los autores de tratados de ética; esto así porque los filósofos que los escribieron estaban en general más ansiosos por explicar los fenómenos morales que presentaban sus sociedades, que de elevarse hasta alturas de grandeza moral no pisadas hasta entonces.

Con todo, sucede que el pensamiento ético occidental ha sido, en todo respecto, analítico antes que sintético, explicativo antes que constructivo. Los filósofos occidentales de la moral han estado más interesados en descubrir cómo es que las personas tienen ciertas nociones morales y por qué tenemos ciertas cosas como buenas, que en desarrollar un concepto más elevado de bondad o rectitud. Se han ocupado más de investigar la anatomía, la fisiología y la genealogía de la moral, que de visualizar la forma y estatura que finalmente adquirirá; y han estado más ansiosos por definir términos morales como "bien", "correcto" y "deber", y de proveer un fundamento racional o lógico a los prejuicios que recibieron de su atmósfera social, que de ampliar el ámbito del esfuerzo moral. Esto es claramente revelado por Hume, cuando escribe: "En todos los casos tiene alguna autoridad la opinión general de los hombres, pero en este problema moral su autoridad es totalmente infalible."<sup>7</sup> En su aceptación fi-

nal de los modos convencionales de pensamiento y de práctica, Hume siguió el curso usual de los escépticos; pero otros filósofos, aunque sin confesar tan francamente su adherencia a la moral convencional, han estado por lo general igualmente satisfechos siguiéndola.

Esta conclusión se confirma fácilmente con un examen del pensamiento ético de Occidente. A pesar de su penetración intelectual, Platón y Aristóteles apenas si se elevaron sobre un concepto municipal de sociedad; su perspectiva moral estaba efectivamente circunscrita a las estrechas fronteras de la ciudad-estado griega, a la cual se acostumbraron desde la infancia. Si la mera fuerza del intelecto hubiera podido inventar un ideal moral más comprehensivo, definitivamente estos maestros del pensamiento lo hubieran conseguido. En los siglos diecisiete y dieciocho, una vez que las ciudades se unificaron en naciones y los hombres ilustrados empezaron a pensar en sí mismos como "ciudadanos del mundo", el concepto moral prevaleciente abrazaba a la humanidad entera. Este concepto fue el resultado de los mejores pensamientos y sentimientos de la época, y no la creación de un pensador individual que lo hubiera alcanzado mediante la consideración de la naturaleza esencial de la moralidad. Incluso alguien tan incisivo como Kant se ocupó de establecer un fundamento racional para las nociones morales que recibió de su ambiente, en lugar de ocuparse de desarrollar un ideal moral más amplio y más noble.

Si, por el contrario, examinamos los más altos ideales morales que la humanidad ha alcanzado, nos damos cuenta que tales ideales no son las conclusiones, deliberadamente alcanzadas, de los pensadores más penetrantes, y que tampoco se ha llegado a ellos siguiendo las líneas de pensamiento más profundas. Los estoicos tardíos compartían un concepto moral muy superior al de los filósofos griegos más tempranos, y sin embargo aquellos fueron en general pensadores menos fértiles. Albert Schweitzer<sup>8</sup>, en dos pasos, alcanzó una visión moral muy superior a la resultante de la laboriosa síntesis de Spinoza o del penetrante análisis de Kant. En una fecha muy temprana, India produjo una perspectiva moral más amplia en rango que cualquiera que hasta recientemente

haya emergido en occidente, a pesar de que los pasos que se dieron para hacerla crecer están perdidos en la niebla de la antigüedad. Ellos sustentaron sus enseñanzas morales en la doctrina de la transmigración de las almas; sin embargo, Schweitzer consiguió alcanzar una posición similar sin hacer referencia a esta creencia antigua.

Parece justo concluir que un ideal moral no es, al menos no primeramente, producto de un filosofar deliberado. Su germen está ya en nosotros cuando empezamos a pensar sistemáticamente en el tema. Nuestra filosofía moral es un esfuerzo por proveer soporte racional a una intuición que no es ella misma hija de la razón. Nos esforzamos por construirle bases a una imagen que está de antemano presente, flotando vagamente en nuestras mentes. Ninguna teoría ética que fracase al darle soporte a esta visión de la buena vida, por más detalladamente razonada que sea, terminará satisfaciéndonos. La investigación filosófica sirve para definir, para clarificar, para hacer consistente y articulado nuestro ideal moral —y esto es una inmensa ventaja— pero no sirve para crearlo. El germen de toda moralidad es una intuición. En ética, la Escuela Intuitiva ha estado luchando por alcanzar una verdad fundamental, pero una muy difícil de asir.

Incluso si concluyéramos que nuestro crecimiento en visión moral no le debe nada a las dolorosas disecciones psicológicas ni a las laboriosas reconstrucciones de los filósofos, sería erróneo desechar la ética analítica como algo inservible. Que al menos por varios milenios algunos humanos han cultivado ideales más elevados que su propia práctica contemporánea, es un hecho de sobra comprobado; y si creemos en la causalidad y en la continuidad del proceso del mundo desde la primera nebulosa hasta las más altas aspiraciones humanas, este hecho debe tener antecedentes causales. Aunque alguien que aprecie una visión moral sin duda continuará teniéndola como sagrada ya sea que pueda o no explicar su origen, quizá encontrará alguna satisfacción en entender cómo surgió en él y cómo se relaciona con su naturaleza total. Tal conocimiento podría darle confianza y un sentimiento de estabilidad en esos momentos de duda y vacilación que son experiencias comunes de todo aquel que haya lu-

chado por avanzar algunos pasos allende la multitud. Además, la comprensión de los fundamentos psicológicos de la moralidad ha de ser valiosa para aquellos que pretendan comunicarle su visión a otros.

Si los filósofos morales han estado comúnmente contentos con un concepto estrecho del ámbito de la moralidad, quizá una razón de esto sea la inadecuada exploración de la naturaleza humana y el consecuente fracaso de no poder descubrir todos los motivos que convergen para sustentar nuestro esfuerzo moral. O quizá prefirieron la elegancia de la construcción en lugar de la grandeza moral, y por la satisfacción de mostrar su habilidad deduciendo todo su sistema moral a partir de un único primer principio, deliberadamente ignoraron una gran parte de la riqueza de nuestra naturaleza moral. Para no ser culpable de la misma estrechez, intentaré en este libro un examen concienzudo de todos esos motivos y cualidades psíquicas que parecen tener importancia para la moralidad, y asimismo intentaré esclarecer los significados de los términos morales que utilizamos. En *Los Ideales Morales* me esforzaré por mostrar cómo puede este amplio e innato fundamento de la vida moral soportar un edificio más extenso que aquel que los filósofos que la contemplaron con tanta estrechez se atrevieron a construir sobre él.

Es obvio que la finalidad primaria o inmediata de la ética, como de cualquier clase de ciencia o estudio, es el conocimiento. Pero algunos tipos de conocimiento los deseamos por sí mismos, mientras que otros los buscamos principalmente por sus aplicaciones prácticas. Conocer sobre las estrellas, la historia geológica de nuestro planeta, o los hábitos de los animales y plantas que nos rodean, es satisfactorio en sí mismo, incluso si no afecta de ninguna manera el curso de nuestras vidas. Por otro lado, aprender carpintería sin la intención de construir casas o hacer muebles, o estudiar patología sin la intención de aplicar la información en la cura de enfermedades, parecen esfuerzos desperdiciados. De igual forma, parece no tener mucho sentido estudiar ética si uno no está preparado a modificar su conducta a la luz de sus investigaciones. Aunque pueda ser gratificador seguir la órbita de

un planeta aun cuando no podamos alterarla el ancho de un cabello, habrá muy poca satisfacción en saber que nos es posible llevar vidas mejores y más armónicas si no damos ni un paso para conseguirlo. Muy al contrario, la mujer o el hombre espiritualmente vivos encontrarían intolerable tener por seguro que sus vidas pueden mejorarse y aun así no hacer nada para ello. Por lo tanto, la ética es un estudio peligroso. Tal como con cualquier otra investigación, la emprendemos sin saber con certeza adónde nos conducirá. Bien puede ser que alcemos conclusiones que nos harán imposible persistir en nuestros hábitos confortables pero moralmente insatisfactorios. Alguien que emprenda el serio estudio de la ética debe saber que toma el riesgo de hacer descubrimientos que le demandarán un arduo esfuerzo; e incluso si rehúsa enfrentar el reto que tiene delante, nunca podrá, a no ser que sea moralmente insensible en un grado extraordinario, continuar en sus viejos y fáciles hábitos con la misma complacencia de antes. Sólo parece justo advertirles, a quienes se acercan a este estudio, sobre el riesgo en que incurrir.

## Notas

1. Nicolai Hartmann. *Ethics*, 3 vols. Trad. de Stanton Coit. London: George Allen and Unwin, 1932.
2. Thomas Hill Green. *Prolegomena to Ethics*. Oxford: Clarendon Press, 1906. pp. 372-3, 376, 394, 406.
3. Charles Gore. *The Philosophy of the Good Life*. London: J. M. Dent and Sons, 1935. p. 58.
4. William Edward Hartpole Lecky. *History of European Morals from Augustus to Charlemagne*. 2 Vols. New York: D. Appleton and Co., 1904.
5. Alexander Sutherland. *The Origin and Growth of the Moral Instinct*. 2 Vols. London: Longmans Green, 1898.
6. Desde que esto fue escrito, hace dos décadas, el mundo ha ido deteriorándose en este aspecto.
7. David Hume. *A Treatise of Human Nature*. Book III, Part II, Section IX, 552. (Versión tomada del *Tratado de la Naturaleza Humana*. Traducción de Félix Duque, Buenos Aires: Ediciones Orbis S.A., 1984, p. 792.)
8. Albert Schweitzer. *The Philosophy of Civilization*. Traducción de O.T. Champion. New York: Macmillan, 1951.